

PRÓLOGO

Juan Luis Alborg y la Historia literaria española

I

Recordaba mis propias lecturas de cuando era poco más que un muchacho; cuando, acabada una novela, apenas recordaba sus anécdotas o episodios, pero había quedado inmerso en aquella atmósfera particular brotada de sus páginas cuando el autor poseía el raro prodigio de una poderosa personalidad. Y me encantaba volver a encontrarla cada vez que leía otro de sus libros, cuyo contenido anecdótico no me importaba en absoluto y podía olvidar inmediatamente. Sin tener noción todavía de toda esa zarabanda de escuelas, técnicas, tecnicismos, teorías, absorbía el sabor de un libro cuando se me mostraba conteniendo personajes del mundo de Galdós o de Baroja, o de Dostoievski, o de Dickens, o la atmósfera de un paisaje de Azorín, o de una dialéctica unamunesca. Creo que el máximo homenaje que puede dedicársele a un autor es poderlo calificar con un solo vocablo, como se hace, por ejemplo, hablando de un personaje o de una situación kafkiana.

(Del libro inédito *Zola y el naturalismo*)

II

Cuando quedé huérfano de padre y madre a los ocho años de edad —de madre lo era desde los tres— hube de residir durante algún tiempo en un centro religioso adonde fui llevado. Además de las prácticas de piedad que se escalonaban allí durante el día, la jornada concluía con una meditación y una preparación para la buena muerte, de la cual, como freno contra el pecado, formaba parte la descripción de las penas eternas, dedicadas a cada uno de los sentidos corporales, según la información de

los citados *Ejercicios* [...] el recuerdo de esas jornadas se me ha cruzado casualmente con un descubrimiento literario y de esta conjunción se deriva el rumbo que desde este instante pueden tomar mis páginas [en el libro de Barbusse sobre Zola se insistía en la influencia del materialismo lucreciano]. ¿Es Lucrecio tan especial en su poema *De rerum natura* como para ser elegido? [...] Mi primera lectura de Barbusse queda muy remota. Se remonta a los años de juventud cuando adquirir las audaces novedades de Cenit constituía una golosina [...]. El nombre de Lucrecio no me era desconocido. Sabía de su existencia y conocía a grandes rasgos el contenido de su poema por mi larga familiaridad con la literatura y la lengua latinas (al fin y al cabo he vivido bastante tiempo de enseñar latín) [...]. Mi segundo encuentro con Lucrecio, que es el importante, del que inmediatamente trataré, ha despertado mi urgencia por conocer las razones de mi propia laguna [...]. Me sentía tentado a descubrir a continuación lo que he podido averiguar sobre la extraña ausencia de Lucrecio en el ámbito de la cultura española, pero hubiera sido excesivo para un paréntesis —merece mucho más— y lo propongo para atenderlo en otra ocasión.

(Del libro inédito *Zola y el naturalismo*)

III

Lo que solía censurársele a Zola en particular, más que a cualquiera de sus seguidores era la demasiada longitud y exceso del detalle. Pero también en este campo se me impone un paralelo que quisiera dejar intacto para cuando trate de fijar la supuesta puesta final del naturalismo, pero que, aunque de manera muy somera, debo insinuar ahora. ¿Ha sido peculiaridad —¡o delito!— exclusivo de Zola, o ha tenido discípulos, imitadores, continuadores este prurito de llevar información científica a la novela, y, en tal caso, a qué distancia cronológica del maestro y a qué nivel de calidad? En mis años mozos, ya muy distantes, compartí la general admiración por *La montaña mágica* de T. Mann, que le ganó a su autor el *Nobel* de 1929, y que yo, en la muy notable traducción española, devoré en un tiempo record. Para verla en detalle, aunque conservaba de su lectura recuerdos

muy vivos, he querido releerla ahora para esta ocasión. Mi juicio es hoy igualmente entusiasta, pero, examinándola bajo el aspecto técnico, creo que contiene en el campo en que hablamos, los mismos defectos —digamos mejor, los mismos excesos—, que se atribuyen a las novelas de Zola, pero multiplicadas por diez. No lo digo como reproche, pues insisto en declarar mi entusiasmo intacto sino como definición. Los innumerables detalles clínicos, las descripciones más pormenorizadas de las enfermedades, del proceso de cada dolencia, se suceden en la montaña mágica con la misma regularidad de las horas.

(Del libro inédito *Zola y el naturalismo*)

Puede parecer una forma inusual, cuando menos, de introducir a un autor entresacando de sus experiencias algunas especialmente significativas —y confesionales— de su último ensayo, que no llegó a ver terminado y por tanto figura entre los inéditos más valiosos del Legado Juan Luis Alborg depositado en la Universidad de Málaga. Aunque el prólogo es, por otra parte, un género literario abierto a experimentos y reinventiones, hemos querido marcar con estas tres extensas citas el valor ejemplar que tiene siempre una labor que siendo vocacional se afianza y sostiene con lucidez hasta el momento mismo de la muerte. Es más, en una especie de estructura rizomática los proyectos se ordenan y encadenan a las labores futuras como habrá podido notar el lector a quien encarecidamente rogamos que las lea con atención. Porque en ellas radica un *tempus* y un *modus* que ahora los argumentos curriculares parecen dejar de lado o arrumbarlos en la cuneta de las antiguallas. Este volumen no es una apología de J. L. Alborg sino el reglaje de una serie de perspectivas que confluyen en él como su punto de fuga, asegurando que no se minimice ni desprecie (pero tampoco se apologice) su labor ininterrumpida, desigual y siempre marcada por un *complejo* del que solo logró zafarse —uniendo principio y final de su escritura— en las dos últimas décadas de su vida, cuando decidió ser *historiador de la novela* con exclusión de otros géneros, retomando así el discurso iniciado con ese final al que le habría sido imposible llegar: la *Hora actual*

de la novela española. De esta forma confluyen con calidad jánica dos tipos al menos de historiador y dos maneras de concebir y construir el discurso histórico de acuerdo a lo que podríamos denominar, por un lado, *Historia de la literatura española* (que se cierra en Bécquer y Campoamor) y por otro, una nunca así enunciada *Historia de la novela española desde el siglo XIX*, donde el comparatismo aflora con fuerza inusitada y donde abundan las ideas y las lecturas propias. No se trata del desprendimiento de un esqueje cuanto de un rizoma historiográfico que tuvo que ver con la libertad conquistada finalmente por el historiador. Creemos que Alborg decidió en un momento dado investirse de la suficiente complejidad para no arredrarse ante el piélagos encenagado de la crítica moderna y tras ese *Paréntesis teórico* que fue *Sobre crítica y críticos* en que el autor —jugando con el lector— advertía que “apenas tiene nada que ver con la presente *Historia*” (y que es quizás, en su conjunto el libro acabado más complejo y completo que escribió) se creyó investido de la fortaleza intelectual suficiente para sostener la historicidad sutilísima de un nuevo discurso.

Y todo discurso es en esencia histórico. No solo por su raíz de historicidad intrínseca (de discurso articulado a condiciones de tiempo y fórmulas específicas) sino además por su empiricidad discursiva. Y el Alborg de los cuatro primeros volúmenes de la *Historia* (con su bifronte discursividad que opone los tomos I y II al III y IV) se convierte en otro tipo de historiador que podría denominar (desde su horizonte comparatista) intérprete eficaz de un curso sobre el nacimiento y desenvolvimiento de la novela española decimonónica (pero ya entrando en el XX) desde un ángulo nuevo, desde un comparatismo que sobrepasa el europeísta para sentar sus reales en el devenir de los grandes movimientos universales. Estamos ante una densidad de fuentes y lecturas inusitada y un programa de ambición casi ilimitada que el autor no pudo concluir pero que nos conduce a múltiples y aplazadas inquisiciones, cuyo último empuje devolvió a Alborg a sus orígenes como conocedor de la Antigüedad clásica, cerrándose su escritura —y su vida— con unas más que notables páginas sobre Orfeo y

la religión órfica. Es un discurso filológico que aúna una tercera dimensión (o una cuarta, si contamos con el poder evocador de las primeras lecturas del jovencísimo y voraz lector valenciano) que acaso cabría llamar metahistoricidad, en la que se cierran y traban todos los procesos hermenéuticos de quien ha sido sobrestimado (al menos en los volúmenes I y II de la *Historia*) pero que tuvo la inteligencia activa suficiente para reencontrarse con lo que en relativa juventud fueron sus primeras aproximaciones a Pedro Antonio de Alarcón o Emilia Pardo Bazán.

Las materias y los materiales que conforman el legado de un historiador de la literatura, que dedicó particularmente su esfuerzo intelectual al cumplimiento de una labor de esta índole, no suelen ser asequibles. Es un escollo esencial para la valoración última de una labor tan amplia, compleja y desigual como la que conformó la monumental (e incompleta) *Historia de la literatura española* de Juan Luis Alborg. Podría asegurarse desde una atalaya desapasionada que, por lo general, sobre esta obra, cuyo plan inicial y evolución hasta unas proporciones completamente *desorbitadas*, en su singular proceso *in crescendo*, no existe una meditación medianamente fiable y falta de tópicos inanes, que dé justa cuenta tanto de la obra en sí misma como de su autor. A nuestro modo de ver es el carácter fronterizo y esquivo tanto del autor como del programa historiográfico al que dedicó los mayores esfuerzos de una rica vida intelectual quienes se han venido oponiendo, hasta agotarse en el cauce mismo de un silenciamiento de todo punto inaceptable.

Como se verá en este volumen de estudios se trata no tanto de complimentar un análisis profundo de la obra mayor de Alborg como de esbozar en unos casos, apuntar en otros, o dejar marcadas para asedios posteriores, las líneas maestras que concluyen en la citada *Historia*, el epicentro activo de una rica y variopinta labor intelectual que tuvo en ella su fulcro y su incompleta victoria, sus limitaciones y compromisos (en algún caso demasiado explícitos) con el estado de cosas de la historia literaria en España desde la década de los sesenta, y el devenir —al mismo tiempo— de la

enseñanza de la materia en los Estados Unidos, donde se convirtió, más aún que en la propia Universidad española, en el libro de referencia inexcusable.

El volumen se abre con un primer bloque de trabajos con semblanzas particulares de Juan Luis Alborg que trazan un itinerario vital y profesional desconocido hasta el momento y que parten del trato directo con el autor en algunos de los casos, del trato directo con los testimonios de su legado en otros. Abren y cierran este apartado, dos artículos donde la evocación de la persona descansa en la escritura de Alborg, y que nos lo presentan como alguien tan vivo como abierto siempre al mundo de la literatura y del saber en general. Son dos evidencias certeras de la calidad de Alborg como epistológrafo y pertenecen al orto y ocaso de su vida. El primero viene dado por el comentario vivaz y pronto de su hija, Concha Alborg, reconstruyendo la pasión y el noviazgo de sus padres con una selectiva muestra de las 816 cartas cruzadas “cuando mi padre estuvo en el frente durante la Guerra Civil y mi madre estaba en Valencia, esperando su regreso para casarse”. Pertenece, pues, al orto de la vida del futuro profesor e historiador. El segundo lo constituye el cruce de correos electrónicos entre Alborg y Javier Rupérez a propósito de haberle sido concedida a aquél la encomienda de número de la Real Orden de Isabel la Católica y abarca hasta el momento mismo del fallecimiento de Alborg. En ambas aportaciones, con desigual intensidad, se contienen noticias de interés para enmarcar y definir la historia intelectual del estudioso y que someramente habrá al menos que contrapuntear. Este principio y final encierra otros dos trabajos de singular interés. El primero de ellos nos conduce, de manos de Cristóbal Macías, a una de las facetas profesionales más desconocidas de J. L. Alborg: su formación clásica y la latinidad en los primeros años de su carrera. El otro, es el alegato directo y vital de uno de sus discípulos selectos ya como profesor asentado

en la universidad de Indiana, Christopher Anderson. Vayamos al detalle.

Concha Alborg, con su aguzada sensibilidad creadora titula sus páginas “La redención del Don Juan”, para aclarar de inmediato que se trata de “Memorias personales basadas en las cartas entre mis padres durante la guerra civil española”. El donjuanismo de Alborg tiene un mucho de retranca ya que “a fin de cuentas estuvo casado con mi madre más de treinta años [...] y con Muriel Kdan, su tercera esposa, otros treinta”. Pero a él “le gustaba considerarse don Juan porque recuerdo que a raíz de su retrato como tal en mi obra narrativa no se ofendió en absoluto. Al contrario, me animaba a tomar notas para que no se me olvidaran los detalles y me contaba aventuras que yo completamente desconocía”. La primera carta del padre es de enero de 1957 y en ella le pedía perdón por decirle “Querida Conchita”, puesto que acababan de conocerse unas semanas antes. La carta se entregó en mano y “desde este primer momento está claro que mi padre es enamorado... Su estilo es ya romántico y expresivo. Como buen lector de Valera que él era venía ya con un arsenal a su favor. Mi padre, sin duda, juega con ventaja, pero mi madre, a pesar de carecer de estudios universitarios como él, es una gran lectora y además guapísima, con una cabellera a lo Rita Hayworth que le vuelve loco a mi padre”. El tono y las circunstancias de este epistolario de amor queda tan justa como admirablemente glosado por Concha Alborg en todas sus circunstancias, y no admite ningún tipo de digna síntesis. Los cambios de registro, las planificaciones para “cuando termine la guerra”, el lenguaje del amor, los apelativos cariñosos, los juegos competitivos en decirse quien quiere más al otro, las apasionadas despedidas... todo esto está retrazado con maestría en la glosa de C. Alborg. Analiza esta las dos visiones diferentes de la guerra (en Valencia y en el frente), y el adoctrinamiento por el que asistimos a las lecturas dirigidas por él: *El origen del pensamiento*, *Tristán o el pesimismo*, *El niño de la bola* de Alarcón. Además, le compra los libros que él le encarga: tres obras de Freud, *Los trabajos de Urbano* y *Simona* de Pérez de Ayala, *Guía de la mujer inteligente*

de B. Shaw, *Calle Mayor* de Sinclair Lewis o *El círculo de familia* de André Maurois. Ella hace alusión a las ganas que tiene de leer libros junto a él. Por segunda vez lee *La esfinge maragata* y está leyendo *La montaña mágica* de T. Mann. Y entre otros le pide la adquisición de las *Obras completas* de Ortega y Gasset y *La decadencia de Occidente* de O. Spengler. Son indicios suficientes del temprano culturalismo europeísta de J. L. Alborg, del que darán buena cuenta sus contribuciones a la prensa, en diversos medios, hasta 1960.

Este culturalismo europeísta encuentra complemento en la formación clásica de Alborg, que vemos ahora al descubierto gracias al estudio de Cristóbal Macías en su artículo “Juan Luis Alborg, latinista”. Se trata una de las novedades principales que el lector encontrará en este volumen, que presenta a nuestro autor como docente de la lengua de Roma, durante al menos dos décadas, y precursor de los estudios sobre el humanismo latino del Renacimiento español. En efecto, a partir de la documentación personal que conservamos y de los libros de su biblioteca, Macías demuestra que Juan Luis Alborg, durante los años cuarenta y cincuenta, se dedicó a la enseñanza del latín en colegios privados, en la universidad y en su propia casa como profesor particular, primero en Valencia y luego en Madrid, y que esta actividad profesional constituyó su principal medio de vida. En esta etapa, que coincidió con su trabajo como historiador a la sombra de su maestro y mentor Manuel Ballesteros Gaibrois, publicó dos ediciones escolares de textos latinos: una selección de odas del libro primero de los *Carmina* horacianos, en 1941, en una imprenta de su ciudad natal, y luego, en 1959, *Las Catilinarias* de Cicerón, en la editorial La Ballesta, de Madrid. En el primer caso estamos ante una edición bilingüe; en el segundo se ofrece solo el texto latino, con introducción, comentario y notas. Pero más importante fue sin duda la elaboración de su tesis doctoral, *Cronistas latinos de América en la España del siglo XVI (Contribución a su estudio)*, bajo la dirección de Ballesteros Gaibrois, en la que estudiaba el léxico latino empleado por tres cronistas de Indias que redactaron

sus obras en lengua latina: Pedro Mártir de Anglería y sus *Decades de Orbo Nouo*, Juan Ginés de Sepúlveda y su *De rebus Hispanorum gestis and Nouum Orbem Mexicumque* y Juan Cristóbal Calvete de Estrella y su *De rebus Indicis*. Con ella no solo consiguió en 1960 el título de doctor, fundamental para dar el salto a Estados Unidos, sino que también se convirtió en un adelantado en los estudios del humanismo latino en España, y eso a pesar de que esta obra no fue publicada. Comenzábamos estas líneas con citas del libro inédito final en la vida de Alborg que acogía a Zola y a Lucrecio como norte literario y vivencial. Tomamos conciencia ahora del cierre de un círculo que se abrió en una época temprana de su formación.

La experiencia de la etapa de madurez docente e investigadora llega de manos del testimonio de Christopher Anderson sobre “Juan Luis Alborg: mentor, consejero, amigo y colega”. Recogen estas páginas las diversas vivencias que compartieron desde 1977 —cuando Alborg pasó con 63 años de la Universidad de Purdue a la de Bloomington— hasta su muerte a los 95. Su llegada a la Indiana University venía precedida del halo de una figura casi mítica, responsable de miles de páginas sobre literatura española escritas solo por él. La *Historia de la literatura* era de referencia obligada para los exámenes de doctorado, algo que Anderson afirma suceder hasta tiempo muy reciente y, en sus clases hoy como profesor procura poner en práctica algo que aprendió con Alborg: leer los textos la primera vez con mirada virgen, sin condicionamientos críticos de partida. Anderson, que realizó su tesis doctoral sobre Vicente Blasco Ibáñez bajo su dirección, evoca el rigor de sus primeros encuentros para las correcciones, sus intercambios profesionales más tarde y sus experiencias amistosas después con visitas asiduas a casa de Alborg plenas de tertulia literaria y también de recuerdos personales sobre la Guerra Civil o su vida en Estados Unidos. En ello reconoce Anderson la agilidad intelectual de Alborg y también —sin negar su orgullo— la humildad de agradecer a todas las personas que lo ayudaron a lo largo de su vida. Con él compartió también sus últimos proyectos,

como el manuscrito de *Sobre crítica y críticos* —el gran excursio de la *Historia* al que califica de “otra obra alborgiana enciclopédica”— o su colaboración en la puesta en marcha de la *Revista de Estudios sobre Blasco Ibáñez*, autor valenciano como él y a quien dedicó uno de los estudios más señeros de su labor historiográfica, inexcusable y prácticamente insuperable. En honor a la memoria del maestro, Anderson ha instituido en la Universidad de Tulsa un premio con su nombre y asumió en primera estancia la gestión de su legado. Este capítulo solo hubiera podido ser escrito por alguien como Anderson, que convivió y trabajó con Alborg, y viene a ser epítome personal de una biografía digna de escribirse que no ha llegado a término.

Con la “Historia de una breve e intensa amistad” de J. Rupérez concluye este primer apartado del volumen de diversa intimidad, y en él se publican todos los correos electrónicos intercambiados cuando Juan Luis Alborg se encuentra en Bloomington entre julio de 2008 y mayo de 2010, fecha de su fallecimiento. Es un epistolario breve y discontinuo pero extraordinariamente cálido donde un Alborg que ya divisa el final agradece a su corresponsal las atenciones recibidas, comenta lo que este escribe y habla de su novela y otros escritos. Lo cual da lugar, al sesgo, para ciertas confesiones de Alborg referidas a sus actividades intelectuales y a su despierta inteligencia hasta el último momento. A propósito de la novela de Rupérez *El precio de una sombra* (aparecida en 2005):

Lo que me asombra de tu libro es el talento con el que te enfrentas al riesgo y te evades de él, tu habilidad de manejarte en un medio auténtico y entre nombres concretos sin perder pie [...]. Me permito maliciar que tú nunca hayas estado en Polonia o a lo menos como miembro de su embajada, precisamente por el gran interés que pones en el detalle real de cada localización para despistar al lector sobre lo que procede de tu experiencia personal o de tu fantasía, dejando que corra esta con la mayor soltura. En una palabra, lo que admiro es tu habilidad para hacer real lo inventado y meter una novela entre las mismas fibras de la realidad.